

Valencia y Lérida. Y —¿no es terrible que sean los premios y no los escenarios los que den testimonio de la existencia de estos autores?— también que ganó un importantísimo premio en México, dotado, al parecer, con una fuerte cantidad.

Lo que no sabemos es que Eduardo Quiles intenta ahora conquistar en México lo que no ha podido conseguir en su país. Lo del premio —que, por cierto, según he sabido después, no ha cobrado— fue poco menos que «la señal que se espera» para elegir la tierra del exilio. Hoy, cuando todavía es prácticamente un «recién llegado», Quiles puede mostrar una biografía mexicana mucho más activa que la española. Ha hecho varios trabajos para la televisión —él está especialmente contento del guión dedicado a Freud—, publicado relatos cortos en el suplemento de «El Nacional», estrenado alguna obra en círculos universitarios, vendido varios monólogos a Carlos Ancira, uno de los más notables actores del país; firmado dominicalmente la página teatral de «El Sol de México» y un comentario político, aparte de tener en perspectiva el estreno comercial de alguna de sus obras.

Eduardo Quiles, nacido en el antiguo Marruecos español, trashumante por Europa durante años, residente en Valencia durante una etapa, es de esas personas que «han nacido para escribir». Al margen del posible interés de cuanto ha escrito, en Quiles impresiona, sobre todo, la casi feroz fe en sí mismo, la tenacidad con que ha ido acumulando obra tras obra, la firmeza con que se autocalifica de «dramaturgo». Diríamos que él sabe que lo es desde hace mucho tiempo y que ha vivido año tras año a la espera de ser reconocido por los demás. En España, pese a su presencia en los premios y a las tardes pasadas leyendo y comentando sus obras con un grupo de amigos, sólo consiguió que su

nombre se sumara algunas veces a la lista de nuestros autores «secretos».

Haber escapado a la amargura de esa filiación con su viaje a México y su trabajo en este gran país americano es algo humanamente conmovedor. Hablando con él la otra noche, escuchando su esperanza, me acordaba yo de la vieja polémica española entre «los que se marcharon» y «los que se quedaron». ¡Estúpida expresión de nuestro eterno moralismo! Cada uno tiene que elegir. Y es seguro que este Quiles, dispuesto a abrirse camino en México, es un hombre infinitamente más joven y más vivo que el que escribía, obra tras obra, en medio de la indiferencia general, en una ciudad española.

No es seguro que Quiles llegue a ser un buen autor mexicano. Leyendo sus obras —alrededor de cuarenta—, uno asiste una y otra vez al enfrentamiento del dramaturgo con el medio ambiente. Allí, en medio de una realidad inerte, rutinaria, representada perfectamente por el oscuro escenario, se alza el dramaturgo, esforzándose en poblar con su imaginación y con su dolor el espacio vacío. Otras veces, la lucha es contra la robotización y el automatismo, que vendrían a ser algo así como las máscaras brillantes de la misma oscuridad. ¿Cómo negarle valor testimonial a esta patética lucha de Quiles? ¿Qué sentido no tiene esa autoexigencia del dramaturgo, obligado a crear el mundo en lugar de analizarlo? ¿Hasta dónde podrá ahora adaptarse al mundo abierto de México?

Me dice Quiles que pronto estrenará en México D. F. Que lo hará en un gran teatro, con grandes actores. Sin embargo, como no podía dejar de suceder, me pregunta por los costos de una producción española en un teatro de Madrid. Y hasta me apunta la posibilidad de convencer al productor mexicano para que la misma compañía estrene la obra primero en

España y luego en México.

Y es que —y ahí está el caso de José María Camps, el ganador del último Lope de Vega— en el transtierro siempre se dejan oscuras y punzantes raíces en el lugar en que se vivió y luchó durante años. ■ J. M.



«Los mejores años de nuestra vida»

Estamos de nuevo en época de reposiciones. Ahora, unos dicen que es por las fechas de Semana Santa; otros, que es consecuencia de la «apertura». Pero, el caso es que andamos siempre de forma parecida, es decir, refugiándonos en títulos «seguros» de hace años para cubrir la ausencia de las películas actuales que no pueden superar los rigores de la censura española. Hemos dicho ya en otras ocasiones que, a nuestro juicio, las reposiciones en sí mismas no deben ser rechazadas, salvo cuando vienen a hacernos olvidar la producción de 1974, que, en principio, nos debe interesar bastante más. Ya están la Filmoteca y las sesiones de cine de TVE para cubrir las exigencias de la memoria y de la información a generaciones jóvenes.

«Los mejores años de nuestra vida» viene acompañada de otra serie de títulos («Pinocho», «Luces de la ciudad», «Duelo de titanes», «Un día en las carreras...»). Salvo el caso de la película de Chaplin (una auténtica obra maestra), el resto son películas menores que no justifican nunca esa reposición a bombo y platillo... y a 83 pesetas butaca. Pero no vamos a repetir de nuevo lo

dicho tantas veces. Hay que limitarse a cumplir el precepto de la «actualidad» semanal.

En 1946, William Wyler ganaría el Oscar de Hollywood por «Los mejores años de nuestra vida», logrando, además, un enorme éxito de público, que situó a esta película, en cuanto a su recaudación, en un segundo puesto tras «Lo

argumento se ofrecía a partir de un intento de recomposición realista que llamara la atención sobre un problema vigente y de enorme importancia. Quizá no se pueda discutir en nuestros días lo que entonces se consideró importante; el hecho objetivo es que lo fue y no hay nada más que añadir. Pero, en 1974, el punto

mente el Oscar otorgado al excelente Harold Russell. En esos minutos, la incógnita del regreso de los ex combatientes abre una serie de posibilidades sobre el resto de la película, que ésta traiciona, desgraciadamente, para entregarse a pequeños conflictos sentimentales que, para mayor inri, hasta tienen final feliz.



Reposiciones a granel: «Los mejores años de nuestra vida», de William Wyler.

que el viento se llevó». Otros tres Oscar (a la mejor película del año, a Fredric March y a Harold Russell) la consagraron para la posteridad. La crítica, por su parte, la definió como una de las más importantes películas de la historia del cine, y el viejo crítico francés André Bazin le dedicaría un capítulo entero en su libro «¿Qué es el cine?».

Sin embargo, el problema del crítico de nuestros días no puede ser el de continuar la lista de elogios, sino el de plantearse la vigencia y el valor actuales de la película. No hay dudas sobre el valor que podría tener en 1946 una obra que se planteara la situación de los soldados que vuelven al hogar, sobre todo si ese

de vista ofrecido por Wyler (tras, entre otras, «Los visitantes», de Kazan) sí puede juzgarse como blando o superficial, objetivos estos que seguramente dependían más del tipo de cine que Hollywood ofrecía por aquel entonces —literario, sentimental y patriótico— que de las buenas intenciones de Wyler (aunque éste, en sus películas más recientes —como «No se compra el silencio»— no haya superado en exceso ese planteamiento). «Los mejores años de nuestra vida» es, en definitiva, un melodrama, y el factor testimonial que quiere abarcar (o que se pretendió que abarcaba) se limita a los primeros quince minutos de proyección, donde, entre otras cosas, se justifica plena-

La pretendida crudeza testimonial de la película se diluye, y permanecen sólo esos quince minutos citados, componiendo un cortometraje de mayor interés.

El espíritu progresista de la película es digno de elogio, pero mucho ha llovido desde 1946 para bastarnos hoy; quizá sea espíritu lo que permite una nueva visión de la obra, pero no por ello impide su ingenuidad o su insuficiencia. En el fondo, «Los mejores años de nuestra vida» nos revela sólo algo del cine de Wyler y del americano en general de aquellos años, pero poco o nada de la auténtica situación social del país vencedor y de los problemas de los hombres que gestaron esa victoria. ■ DIEGO GALAN.